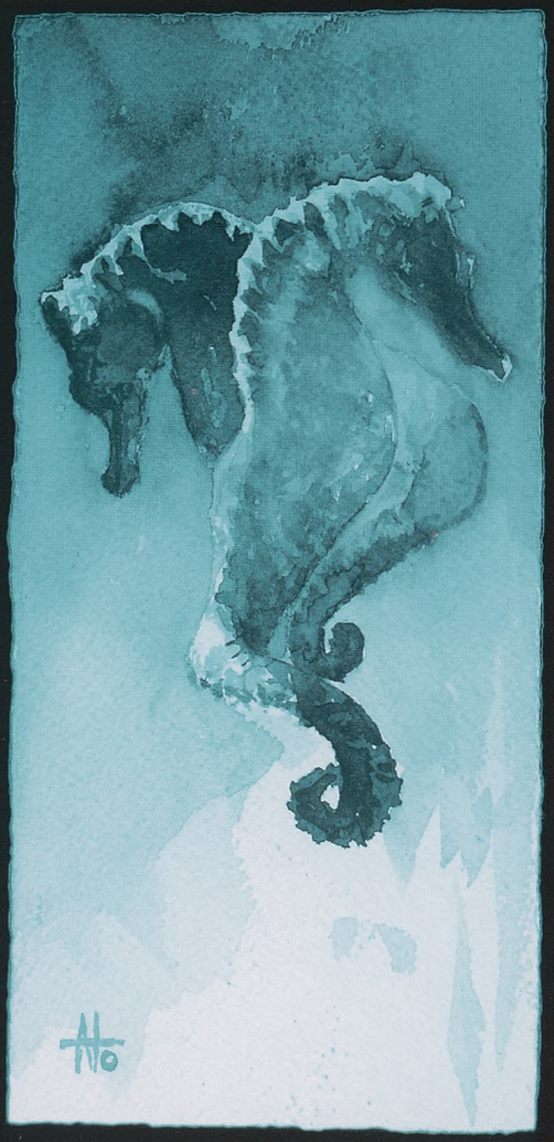
el efecto MARIPOSA

José Luis Castro Lombilla



Un hombre pisa una mierda de perro en Sevilla el 15 de enero de 2008 y esto provoca que unos meses más tarde se inicie la Tercera Guerra Mundial.

Es el día 15 de enero de 2008 y un hombre pisa una mierda de perro en Sevilla, esto ya se ha dicho. No se ha escrito, sin embargo, que este hombre se llama José Bellido, Pepe para los más íntimos, que es funcionario de la excelentísima Diputación de Sevilla y que este día, precisamente hoy, llega tarde a la

José Luis Castro Lombilla

oficina. Nuestro hombre, este primer eslabón humano de una cadena mortal, no ha estado más enfadado en toda su vida. Pese a restregar la suela del zapato varios metros contra el suelo le parece estar oliendo a mierda constantemente. Ese olor no es más que un agravante en toda esta historia de prisas mañaneras y sorpresas caninas, una cerilla arrimada con loca irresponsabilidad a un barril cargado de gasolina, como si dijéramos. Y el barril, Pepe el funcionario, no tarda en explotar. Entra Pepe en el bar "Los dos hermanos", regentado por Manuel Barrero, robusto empresario zamorano, circunspecto de trato y eficiente en el servicio que decidió comprar este bar que se traspasaba, con nombre y todo, para establecerse en Sevilla tras visitarla unas navidades y conocer a la que hoy es su esposa, Purificación, una sevillana alegre y pizpireta que le hizo anclar su enorme humanidad de castellano serio en la ciudad de la gracia. Amante del progreso, no ha dudado este Manuel en poner junto al servicio de caballeros un ordenador para que sus parroquianos busquen lo que se les antoje en Internet, que ahí Manuel no se mete. Donde sí se mete es en que un tipo al que no conoce ha entrado en el servicio hace ya cinco minutos; tiempo más que suficiente para satisfacer la única necesidad fisiológica posible dentro de este estrecho cuartucho donde sólo caben un lavabo diminuto y un urinario que en tiempos fue blanco. Manuel Barrero, que tiene buen olfato para calar como si fueran sandías pasadas de temporada a los clientes, sabe que éste es de los que dan problemas. Manuel lo sabe porque se lo dice su olfato: le huele mal esa desmesura de tiempo para sólo orinar y, sobre todo, le huele mal el ambiente desde que este individuo ha entrado. Huele a mierda y eso no se le escapa a Manuel Barrero que lleva ya más de quince años detrás de la barra. Así es que, cuando abre la puerta y ve a José Bellido frotando la suela de su zapato con la toalla del bar, lo saca de malas maneras espetándole cuantos insultos se le pasan por la cabeza; cosa que a Pepe, que hoy no es el apacible funcionario de siempre, no le gusta nada de nada y pasa, lógico es, lo que tiene que pasar, que le suelta un sonoro puñetazo en plenas narices a Manuel Barrero, el hasta hoy dueño de bar con buen olfato, que lo tumba en cruz, como un noqueado Cristo con mandil. Y después, por extraño que pueda parecer este prurito de puntualidad en un servidor público, saldrá corriendo otra vez como alma que llevara el diablo en un intento estéril de llegar a tiempo al trabajo. Ya no lo veremos más a Pepe. Una vez encendida esta invisible mecha, este funcionario basilisco no pintará nada en la historia que sigue su curso oliendo todavía a mierda, a esa mierda de perro que ha ambientado de mala manera el bar "Los dos hermanos" y que sin embargo su dueño no puede ni oler porque tiene su otrora eficiente nariz inservible de momento. Lo que sí que sirve, menos mal, que no está estropeado, es el teléfono que tiene Manuel como servicio

complementario en su negocio con el que llama a su mujer, Purificación Castaño, la vivaracha sevillana de hace unos renglones que tarda apenas unos minutos en llegar al bar de su marido para sustituirlo mientras él va al ambulatorio por ver si le bajan de alguna manera la hinchazón nasal. La hinchazón, de momento, no bajará, más bien aumentará porque Manuel no ira al médico hasta más tarde, cuando cierre el negocio por la noche. Y esto será así porque no podía ser de otra forma. Una historia que empieza con tan mal pie, nunca mejor dicho, no puede enderezarse tan fácilmente. Con las prisas, Purificación se ha olvidado de llevarle al marido la cartilla de la seguridad social. Sea por el dolor de narices, sea por la secretación extra de bilis que el desagradable suceso ha provocado en el honrado empresario, el caso es que este descuido de su mujer le ha hecho descargar sobre ella toda la furia contenida que ha tenido que tragarse al salir corriendo su atacante. Purificación, que no recuerda haber tenido una sola pelea con su marido en dieciséis años y tres meses y doce días de matrimonio, no tolera ni un grito más y mucho menos delante de todos los clientes; así que, ni corta ni perezosa aunque sí con lágrimas de mucha pena en sus ojazos negros de racial mujer del sur, se da media vuelta y se va a casa de su hermana Dolores. Manuel se quedará solo, con su nariz hinchada y sin clientes, puesto que el olor a mierda se ha alojado, excluyente y contumaz, en "Los dos hermanos". Dolores Castaño, la hermana de Purificación y cuñada por tanto de este Manuel a quien ya despedimos deseándole una pronta recuperación, es médico precisamente y si no se habló nada antes de llamarla a ella para que viera la nariz de su familiar político ha sido porque Dolores y Manuel nunca se han llevado bien. Las causas de esta desavenencia ni las sabemos ni importan al desarrollo de esta crónica de una guerra anunciada, por eso no nos meteremos en donde no nos llaman y hablaremos tan sólo de cómo llora Purificación cuando su hermana llega a su casa después de estar toda la noche de guardia y la encuentra esperándola en el portal como una magdalena de arrabal. Entre consolar lo que puede a su hermana y poner de vuelta y media a su cuñado porque ya se lo decía ella que ese hombre no te conviene etcétera, se le ha ido a Dolores, nueva en esta plaza pero no por ello menos importante en el devenir de la historia, casi todo el día sin dormir con lo que le va a resultar imposible estar en condiciones de trabajar el próximo turno. Es por esto que decide llamar al hospital donde trabaja para justificar su ausencia por un malestar físico que se inventa y que debe de ser creíble porque para eso es médico. Ahí tampoco entraremos, donde sí lo haremos será en el hospital provincial donde trabaja y donde esta noche no estará por dedicarle más tiempo a su única hermana, por la que tiene, que no lo hemos dicho, un especial sentimiento de protección ya que es su hermana pequeña y la quiere como a

una hija; como esa hija que ella no ha tenido y que ya, por la edad y su impenitente soltería, hace mucho tiempo que sabe que no tendrá; por eso se vuelca en cuerpo y alma en su carrera médica y por eso ha llegado a ser una gran profesional con ciertas responsabilidades dentro del hospital. Por volcarse en cuerpo y alma, se quiere decir, claro, no por estar soltera y no tener hijos que una cosa nada tiene que ver con la otra o, al menos, no debería de tener o, si fuera así, no nos importa y no estamos aquí para invadir con juicios impertinentes la inviolable intimidad de esta Dolores Castaño a la que por alguna extraña razón le hemos cogido ya un cariño especial. Dolores será, por tanto, sustituida hoy por otra persona menos cualificada que ella, ésa es la realidad. Así que esta noche, una vez dentro del hospital y habiéndonos despedido convenientemente de estas amorosas hermanas, veremos cómo Daniel Rosell, joven doctor con apenas dos años de experiencia, comete un error de manera inconsciente, faltaría más. Pero la falta de intencionalidad no rebaja el menoscabo que esto supone para la credibilidad del hospital, la de él mismo y, sobre todo, para la salud de José Luis, un precioso niño de siete años que estará a punto de morirse por haber sido inyectado con un medicamento que su organismo no tolera y que, si bien la doctora Castaño nunca se lo hubiera suministrado, el doctor Rosell, Daniel, no ha dudado en hacerlo debido a su desconocimiento de las particularidades de este niño cuyo historial, por las prisas con las que se ha incorporado a este turno, no ha tenido tiempo de estudiar adecuadamente. Si bien no es excusa ninguna, algo hay que rebajar la crítica sobre este pobre muchacho, que pinta estupendamente y suele hacer más llevadera la estancia en el hospital de algunos pacientes haciéndoles caricaturas, porque precisamente hoy el hospital está saturado de enfermos. Mal día, nos tememos, ha escogido la hermana de Dolores para reclamar con sus inocentes lloros de mujer despechada a esa magnífica doctora que sabría sacar adelante sin ningún problema este turno tan difícil. El niño se salvará, no morirá, al menos hoy; para Semana Santa le han dicho a sus padres que podrá salir de nazareno, que este error médico no menguará la excelente carrera cofrade de este santo niño que ha salido los siete años de vida seguidos en la cofradía familiar y esto es una alegría para todos. Alegría, sin embargo, que no apartará de su empeño justiciero al abogado don José María Castro, padre de este niño que entró en el hospital para curarse y ha estado a punto de quedarse allí para siempre. Menos mal que la sangre no ha llegado al río, al menos para el chiquillo, porque lo que es para el caricaturista médico la sangre no sólo ha llegado al río sino que lo ha desbordado de su cauce provocando una inundación, no por metafórica menos dañina, en la tranquila vida de este médico artista que se verá, en apenas cuarenta y ocho horas, de patitas en la calle. Don José María Castro, un ilustre abogado con

foto casi diaria en el periódico local, ha puesto el grito en el cielo y ha amenazado a la dirección del hospital, sus razones tiene este hombre, con ponerle una demanda de tal proporciones que va a mandar a todos los médicos al carajo; expresión dicha por el eximio letrado y por esta razón escrita aquí a pesar de su tono ciertamente desagradable; tanto como ese olorcillo desapacible que hace ya un buen rato ha comenzado a merodear con descaro, consciente de su protagonismo en la narración, por este revuelto hospital que abandonamos ya para seguir a Daniel, quien, a falta de esposa o tan siquiera novia que lo retenga en la ciudad, decide irse lo más lejos posible, que es, aunque parezca mentira, Lisboa, ciudad en la que vive desde 1989 su abuela materna, Eva Díaz, que decidió cambiar de residencia cuando conoció a un apuesto lisboeta de ochenta años, jovial y buen cantante de fados que, en fin, esas cosas que pasan y que podrían servir como argumento de cualquier novelita con claras posibilidades de ser premio literario de tirada escandalosa pero que aquí, por cuestiones casi obvias, apenas han de servir para esbozar un mínimo apunte biográfico que se ha de quedar, gajes del oficio de personaje literario, en nada, puesto que Daniel, a quien no hemos olvidado, nunca llegará a encontrarse con su abuela porque tendrá un accidente con el coche justo antes de llegar a la capital de Portugal; país éste en el que, todos lo sabemos, se conduce con cierto desahogo. Acompañando en el sentimiento a esta Eva Díaz que aún no sabe la fatal noticia, debemos pasar el testigo o, más bien, lo hará el ya difunto Daniel, avanzadilla mártir de esta guerra que se va pergeñando con inexorable trazo y con un inconfundible olor que nos callamos por respeto al joven finado. El incorpóreo testigo de esta macabra carrera con final inevitablemente explosivo será entregado a Joaquim Sassa, atlético bombero portugués que acudirá, como es su obligación, a apagar el enorme fuego provocado por el accidente entre el coche de Daniel, que en paz descanse, y un camión container que tenía como destino, qué paradojas tiene la vida, Sevilla, la ciudad donde surgió, hace apenas diez mil caracteres, esta extraña y fatal hilera de humanas fichas de dominó que se empujan con una urgencia que nos parece un tanto insensata, teniendo en cuenta a dónde van a parar. Morirá el médico Daniel y al conductor del camión le caerá encima, eso esperamos al menos, el inflexible peso de la ley. Quizás no tenga toda la responsabilidad él, nos referimos a este camionero anónimo que no nos interesa más que como personaje secundario con un fastidioso papel. Tal vez, y de esto nunca llegaremos a estar seguros del todo, sólo haya sido un instrumento en manos de un destino cruel empeñado en cumplir un ominoso itinerario lleno de azares desgraciados. De lo único que podemos estar seguros es de que Daniel está muerto dentro de su coche cubierto de llamas y que el bombero Joaquim Sassa lo intenta sacar arriesgando

valientemente su vida. No la perderá, saldrá vivo Joaquim de este difícil servicio pero perderá un brazo, así de dura es la realidad, cuando el coche de Daniel explote y lo convierta en una antorcha humana. Joaquim salvará la vida pero habrá de decir adiós, con la mano indemne, a su brazo izquierdo que ha sido devorado, casi con fruición, por unas llamas ansiosas de un imparable fuego que ha quemado todo lo que ha pillado a su paso excepto, vaya por Dios, este persistente olor a mierda que ha quedado en el funesto punto de la carretera donde ya las cenizas del joven médico se mezclan, simbólicamente, con las del brazo de un valiente bombero que no volverá a ser el mismo. Tras salir del cuerpo, y a pesar de su buena pensión y los múltiples recortes de periódicos que lo llaman héroe y recogen con foto y todo en portada el emotivo momento en que le cuelgan una rutilante medalla en el pecho, Joaquim acabará muy deprimido. El ocio, que es la madre de todos los vicios, se instalará en su vida con agresiva desgana y por eso decide irse, poner tierra por medio como vulgarmente se dice. Nada vulgar es, sin embargo, la manera que escoge para evadirse de la opresiva realidad que le angustia. Aprovechando su experiencia profesional, para salir del marasmo vital en el que está sumido decide irse de voluntario a África como asesor en diversos proyectos de emergencia. En un país africano cuyo nombre nada importa a esta extraña fábula plagada de insólitas carambolas, y cuyo conocimiento no haría más que añadir otra calamidad a una tierra que ya tiene bastante con lo que tiene, pues desgracia es y no otra cosa ser partícipe como escenario en esta alocada carrera hacia la destrucción, encontrará Joaquim, que hasta ahora estaba soltero, al amor de su vida. Qué pena, querido bombero manco, que este pequeño oasis de felicidad en tu existencia sólo sea una más de esas atroces fichas de dominó cuyo destino cruel es dar un empellón a la siguiente ficha, esa que ya empieza a moverse con peligrosa basculación en un recóndito y peligroso lugar de Oriente Medio. Esa ficha que se tambalea no es otro que William Faulkner, que, en contra de lo que su nombre pudiera sugerir, no es escritor sino un simple soldado de Infantería de Marina de la armada de los Estados Unidos de Norteamérica destinado en una base aérea de helicópteros de ataque en Irak, que nació, qué casualidad, en el estado de Mississippi. Aunque sería lógico pensar que existen vínculos familiares con el novelista, nos quedaremos con las ganas de saberlo porque no está el horno de la historia para estos bollos cotillas con aires literarios. El horno decididamente está que arde por culpa de Lupe Sentinela, una preciosa norteamericana de origen hispano nacida en Arizona que se ha enamorado perdidamente de Joaquim Sassa y a la que hemos relegado, olvidándonos de las más elementales normas de cortesía, a un lugar que no le corresponde en esta narración nombrando antes al soldado "efecto" que a ella, que es, con todos

los discutibles honores, "la causa". Cuando las flechas del amor traspasan el pecho de esta solidaria joven que trabaja duramente desde hace algunos meses como A.T.S. voluntaria, una enorme herida se abre en el corazón del joven marine que está a miles de kilómetros jugándose la vida por su patria, o eso, al menos, le han hecho creer. William, ya nos hemos dado cuenta, es el novio de Lupe, o lo era hasta el momento en que un desalmado Cupido alcahueta decidió lanzar flechas a diestro y siniestro por esta aldea africana siendo él, justo es reconocerlo, el verdadero culpable del repentino calentamiento de este fogón retórico y no ella, esta Lupe Sentinela buena y enamoradiza que sólo es una víctima más. Las flechas han dado de lleno en los cuerpos de Joaquím y Lupe y, como si fuera un efecto colateral de esta amorosa guerra, hieren cada una de ellas al patriótico soldado que quedará convertido para su desgracia y la nuestra en un lloroso San Sebastián con fusiles y otras peligrosas armas a su alcance. La felicidad de esta nueva pareja les hace crear la ficción de que están en el paraíso a pesar de encontrarse en ese infierno africano. Podrán engañarse todo lo que quieran, pero nosotros, aun dándoles la enhorabuena por su dicha, estamos convencidos de que el lugar es de lo más desagradable; certeza a la que sin duda nos empuja el repugnante olor a mierda que ha invadido este desdichado poblado con la prepotente firmeza del ejército al que pertenece el pobre soldado sureño que gimotea, desconsolado, cuando lee la sincera carta de su ya ex novia Lupe Sentinela en una de sus peligrosas guardias nocturnas.

Una guardia en un país ocupado y en guerra no es, desde luego, el mejor lugar para leer una misiva amarga como esta en la que Lupe rompe relaciones con este chico americano que soñaba hasta hace muy poco con volver a su país para casarse por la iglesia. Ya no soñará más: ahora, mientras decimos adiós tapándonos las narices a esos Tristán e Isolda solidarios que se quedan en África indiferentes al daño que han provocado, en Irak el joven soldado de ilustre apellido literario enloquecerá fatalmente y, como para homenajear a su incierto antepasado, se apoderarán de él el ruido y la furia fatales que nos llevarán, irremisiblemente, a esa catástrofe tan pregonada en estos papeles de mal agüero que son como un renovado Apocalipsis en Times New Roman de cuerpo 12. Mucho habría de cambiar el hado las cosas para que ese apocalíptico jinete guerrero del caballo rojo, que hace ya algunos meses salió al galope mortal desde la pacífica ciudad de Sevilla propagando un repulsivo olor por el mundo, no llegue a su sangriento destino. Sin embargo, difícil nos parece que no suceda lo que está escrito que ocurrirá mientras esa enorme mierda de perro siga en medio del simbólico proscenio de esta tragicomedia literaria, como un terrible y escatológico fátum plagado de moscas que bailan a su alrededor, con indecorosa inconsciencia, unas febriles danzas de la muerte. Y difí-

cil nos parecerá, sin duda, mientras veamos como estamos viendo a este William Faulkner cegado de odio que se arma más de lo que el reglamento permite para patrullar esta noche por uno de los barrios más devastados de esta ciudad cualquiera iraquí donde sufre su mal de amores, y donde abre fuego indiscriminado para desahogar su rabia contra civiles desarmados a los que masacra inmisericorde mientras repite dentro de su cabeza el doloroso nombre de Lupita como un destructivo mantra. Parece que definitivamente han sido abiertos los siete sellos y los ángeles han tocado todas las trompetas para que este Apocalipsis se cumpla. Podía haber sido desde luego antes, que otras muchas ocasiones ha habido con idénticos resultados, otras matanzas que derivan en acciones suicidas contra el país invasor por parte de unos enloquecidos fanáticos que, en su afán vengador, cometen los mismos crímenes de los que ellos se quejan. Este cruel efecto concatenador hace tiempo que campa a sus anchas por esta tierra empobrecida. Diciéndolo de otra manera, esta perversa mariposa que intitula el relato, lleva ya demasiado tiempo revoloteando por esta zona del mundo como para que vengamos nosotros ahora a apuntarnos el dudoso honor de ser los provocadores del fatídico desenlace para cumplir, quizás, el imbécil augurio apuntado en el planteamiento de la historia. A pesar de todo, sea por lo que fuere, lo importante es que ha sido ahora y no antes cuando se ha desatado finalmente la hecatombe. Quizás estas últimas gotas de sangre derramada por un soldado resentido han hecho rebosar un imaginario vaso que ya estaba lleno. Tal vez sólo sea casualidad, pero como aquí no creemos en azares independientes ajenos al discurrir programado de la narración, deberemos concluir que ha ocurrido ahora porque ahora es cuando debía suceder y no antes. Y no le daremos más vueltas al asunto sino que nos limitaremos a relatar la sucesión de aconteceres que han sido ocasionados por la enajenación de ese soldado al que ya abandonamos sin tan siquiera despedirnos, pues no nos ha caído nada bien este personaje capaz de liar la que ha liado sólo porque su novia lo ha dejado. Porque William, este Faulkner que no escribe sino mata, y de qué manera, ha provocado que tras su escabechina una célula durmiente de terroristas suicidas haga estallar una docena de enormes bombas, que son ellos mismos, por los sitios más concurridos de la capital de Estados Unidos. Por extraño que pueda parecer, si es que aún queda sitio para el asombro tras leer estas cosas que estamos leyendo, esta célula ha sorteado la férrea seguridad con que este país invasor se protege durante el tiempo necesario para organizar un atentado de la envergadura que estamos viendo y con las previsibles consecuencias que estamos temiendo. Su líder ha sido Octavio Zorrilla, mexicano nacido en la ciudad de Morelia, en el estado de Michoacán, y convertido al islamismo hace tanto tiempo que ni él recordaba ya cómo fue

que dejó su tranquila vida de ornitólogo para venirse a vivir de manera clandestina a esta Norteamérica que tanto despreciaba. No ha necesitado este Moctezuma amante de los pájaros ninguna orden superior para comenzar su particular "Noche triste" contra la capital de este nuevo imperio. Le ha bastado con ver por televisión las cruentas imágenes de decenas de mujeres y niños iraquíes despanzurrados por culpa de un desamor. Esto él, claro está, no lo sabía. Lo único que sabía era que América debía ser castigada. Tampoco nos despediremos de este difunto ornitólogo reconvertido en terrorista porque no nos gustan los asesinos. Así es que dejaremos estas dantescas calles atestadas de cadáveres y saturadas de ese nauseabundo olor al que no conseguimos acostumbrarnos, para penetrar, con el respeto debido, en los lujosos despachos de la Casa Blanca, nueva pista de este encarnizado circo que ni payasos tiene que nos hagan más llevadero este feo itinerario de muerte y destrucción que ya se acerca a su fin, sólo hay que ver el nerviosismo que se ha apoderado del presidente de los Estados Unidos antes de la importante reunión en el Despacho Oval que tiene esta mañana, cuando aún están de cuerpo presente los cientos de ciudadanos ejecutados por la terrible cimitarra en forma de bomba de Alá. A pesar de ser el hombre más poderoso del mundo, este presidente no está hoy bien. Ha tomado una importante decisión y ya acude al despacho para anunciarla acompañado de su personal de confianza. Y mientras anda por las mullidas moquetas de los amplios pasillos se pregunta este hombre-dios dónde se habrá metido su fiel perro Barney, un bonito Scottish Terrier de color negro al que le gusta juguetear con su amo cada mañana. El día será duro, se palpa en el ambiente, este perro, que es muy listo, habrá percibido con su especial instinto lo que se avecina y se habrá escondido por ahí, no hay por qué preocuparse señor Presidente, ahora hay que concentrarse en su sentencia inapelable, la única que en estas circunstancias se puede dictar. Las cosas han llegado a un extremo inmanejable. Si se muestra debilidad ante este nuevo pulso de los terroristas, otros países pueden confundir la prudencia con cobardía y tomar a este Presidente por un monigote endeble o, incluso, por el pito de un sereno; expresión ésta poco americana pero igualmente válida para definir el riesgo que se corre si no se responde con rotundidad; es decir, si no se lanza ya de una vez por todas, ¡diablos!, la tan temida bomba atómica. Sí, ésa es y no otra la decisión fatal que este caudillo de Occidente ha tomado. Aunque esté nervioso y con mal cuerpo, no tiene dudas acerca de lo que debe hacer porque es su obligación y él sabe que está en posesión de la razón; una razón que le viene otorgada directamente de Dios. Sí, hay que acabar definitivamente con este caos y, ¡Dios lo quiere!, la bomba temible será lanzada para purgar por fin a este díscolo mundo que renacerá de sus cenizas más limpio y obediente.

Como una extravagante lechera de fábula, va echando sus cuentas este renacido César que no tiene a nadie susurrándole al oído que sólo es un hombre cuando el destino caprichoso quiere que algo ocurra. No será exactamente un tropezón como el que dio aquella niña lechera que fabricaba palacios en el viento, mas de igual modo quebrará el ilusorio cántaro que este emperador lleva sobre su cabeza lleno no de leche sino de plutonio y uranio: del material del que están hechas las pesadillas. Antes de llegar al despacho pisará algo que no tendría por qué estar sobre unas alfombras tan limpias y asépticas como son, al menos por encima, estas por las que el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica anda antes de resbalar cómicamente y caerse de espaldas con el estupor instalado en su mirada. Seguiremos sin saber dónde está su fiel mascota, pero al menos ya tenemos una pista de por dónde ha pasado y qué ha estado haciendo. Quizás hayan sido los nervios contagiados de su presidente, tal vez su sexto sentido de animal sensible le haya puesto mal el cuerpo, como lo tenía antes de empeorar con la caída su amo; eso ni podemos saberlo ni nos importa, lo único interesante aquí es comprobar cuán frágiles son nuestras certezas. Creíamos, y hasta hubiéramos jurado que así ocurriría, que la profecía finalmente iba a cumplirse, que la suerte estaba echada y que nada detendría la temblorosa y senil mano de la parca armada de tijeras con las que cortar el fino hilo de nuestra existencia. Sin embargo, para demostrarnos que sólo somos unas tristes marionetas en manos de un destino veleidoso y mudable, aparece ahora aquí esta otra mierda de perro enorme como una excrementicia y fecal reinterpretación del mito del eterno retorno que echa por tierra no sólo a todo un presidente de los Estados Unidos sino, además, todas nuestras certidumbres pasadas, presentes y sin duda futuras. Hasta hace un momento pensábamos temerosos que el mundo se iba a acabar, y ahora, por un afortunado golpe de suerte, por una repentina incontinencia animal a la que nunca le estaremos suficientemente agradecidos, la rueda de la fortuna gira trescientos sesenta grados para regalarnos esta esperanzadora tregua provocada por la caída de un sorprendido presidente al pisar esta munífica mierda que corrige, tal vez por un prurito de cristiana caridad, la aciaga trayectoria que nos había trazado otra mierda más cruel sin duda hace ya unos meses en aquella olvidada ciudad de Sevilla. Como el golpe ha sido duro, muy duro, este hombre que iba a abrir la caja de Pandora se quedará sin abrir tan siquiera la boca porque entrará en un coma largo que, aun siendo siempre triste y dolorosa la desgracia ajena, nos hará felices; no porque queramos ningún mal para este servidor público, sino porque mientras esté hospitalizado, fuera de la circulación, su proyecto destructor quedará tan paralizado como sus miembros; esos miembros que estrechamos con cierta efusión para despedirnos adecuadamente,

aunque él no pueda sentirnos, mientras esa niña lechera que parecía sólo una cita circunstancial sin demasiada trascendencia, nos mira sonriente y nos espeta, por si no hemos aprendido convenientemente la lección, esa moraleja que ella tan bien se sabe y que tanta falta nos hubiese hecho recordar durante estas trágicas líneas para no dejar que nos venciera sin oponer lucha ese pesimismo tan antipático al que le abrimos las puertas con tanta inconsciente prontitud: «No anheles impaciente el fin futuro, mira que ni el presente está seguro».

Agradeciéndole a esta lechera espontánea su consejo, tomamos buena nota mientras seguimos tapándonos todavía, eso sí, un poquito la nariz.